

Almudena Cid

Ilustraciones de Montse Martín

Olympia

LOS JUEGOS OLÍMPICOS
DE ATLANTA



Olympia ha conseguido cumplir su sueño: va a participar en sus primeros Juegos Olímpicos. Dos semanas y una villa pensada para los mejores deportistas de los cinco continentes, que compiten cada cuatro años delante del mundo entero. Casi no puede creérselo. ¡Atlanta la está esperando!

Vive con Olympia sus primeros Juegos Olímpicos en un libro lleno de alegrías, decepciones, compañerismo y esfuerzo.

Y, además: actividades y consejos para que participes en los juegos de Olympia, ¡y persigas tus sueños hasta cumplirlos!

Ellos forman mi nuevo entorno

LUCÍA

Es muy dicharachera, siempre sonriente y una artista de las manualidades. Se convierte en la compañera inseparable de Olympia en su llegada al equipo nacional.



OLYMPIA

Es muy creativa, tan responsable y perfeccionista como cabezota y rebelde. A sus catorce años es una soñadora apasionada por la gimnasia rítmica que desea por encima de todo hacer algo único, algo que nunca nadie haya hecho.



LAURA

Es la nueva incorporación del equipo individual. Silenciosa y un poco maniática pero muy trabajadora.



MARIO

Gimnasta de primera, su dedicación es fruto de una tradición familiar y todo lo que ha conseguido como gimnasta ha sido gracias al trabajo diario.



CARMEN

Compañera de Olympia desde el IVEF, es muy trabajadora y divertida. Ahora forma parte del conjunto del equipo nacional.





Bajo la mirada de...

MAYA

Es la seleccionadora, de nacionalidad búlgara. Vive con las chicas y lleva el equipo nacional con mano firme: hace falta disciplina para llegar muy lejos.

BENIGNO

El psicólogo del equipo nacional puede ser un cascarrabias, aunque ayuda en lo que puede.

MARÍA

Es la entrenadora del conjunto, y siempre sabe sacar lo mejor de sus chicas.



*¿Te conoces todos los cuentos de Olympia?
A lo largo del libro podrás encontrar los títulos de todos
los anteriores. Apunta la primera letra que aparece
justo detrás de cada uno de ellos y podrás formar
la palabra misteriosa... Cuando la tengas,
¡escríbela aquí con letras de colores!*

Al final del entrenamiento, el tapiz del Moscardó parecía la sala de equipajes de un aeropuerto. Había llegado la equipación para los Juegos Olímpicos de Atlanta y ahora un montón de maletas iguales ocupaban el 13x13 central, así que todas estaban ansiosas por abrir las cremalleras y descubrir la ropa que llevarían durante dos semanas.

—Va a ser roja y amarilla —decía en ese momento Olympia.

—Seguro que también lleva azul marino —contestó Laura. No solo conocía a todas las gimnastas de generaciones anteriores, sino también sus equipaciones, y casi todas las que ha tenido el equipo nacional llevaban ese color.

—¿Y desde cuándo la bandera española lleva azul? —se coló Ardilla—. Si hiciéramos vela o algún deporte de agua, todavía...

—¡Natación sincronizada! —dijo Carmen, que seguía recordando muy bien su viaje a Roma y su baño «sincronizado» en las termas.

—Chicas, un poco de silencio, por favor —las interrumpió Rita.

Cuando se dieron la vuelta, las cuatro amigas vieron que el presidente de la Federación Española de Gimnasia las miraba con una sonrisa. Había llegado al Moscardó para darles las mochilas y desearles suerte a ellas y al equipo técnico, y allí de pie en mitad del pabellón, vestido con traje de chaqueta, parecía más fuera de lugar que un buzo en un castillo hinchable.

—Podía haber venido en chándal —susurró Ardilla.

—Como los entrenadores de fútbol, que siempre van con traje y corbata —la siguió Oly—. Creo que confunden «banquillo» con «banquete».

—¿Os imagináis a Maya con un vestido de fiesta esperando en el *Kiss and Cry* después de nuestra actuación en los Juegos?

A Olympia se le escapó una carcajada nada más decirlo, se la contagió a Laura, y las dos se taparon la boca con las manos, mientras su entrenadora las miraba con cara de malas pulgas. Por suerte, el presidente se lo tomó mucho mejor que ella. Esperó a que todo estuviera en silencio y por fin anunció lo que se estaba guardando:

—He venido a daros una noticia. Como alguna quizá haya oído ya, a la vuelta de Atlanta y las vacaciones de verano empezareis a entrenar en otro pabellón y... —El presidente se detuvo en seco—. ¿Quién ha dicho eso?

Laura había soltado un «¡oooooh!» que se había oído hasta en el chalet de Canillejas, y luego se había escondido, roja de vergüenza, detrás de Carmen. La microgimnasta no es que tapase mucho que digamos, así que se la veía sin problema.

—¿Y qué va a pasar con el Moscardó? —preguntó Olympia mientras Laura refunfuñaba algo sobre respetar «la antigua casa de Moskaya Buzzeskaya». A su amiga le costaba un montón adaptarse a los cambios, y Oly tampoco estaba contenta: no quería pensar que tendría que despedirse del palo clavado en el techo.

—Os hemos buscado un sitio mejor, ya lo veréis —dijo el presidente, esquivando la respuesta—. Seguro que os gusta —prometió con aire misterioso, y antes de que nadie pudiese cortarle de nuevo añadió—: Igual que espero que os guste lo que hay dentro de esas maletas. ¿Es que nadie quiere verlo?

Todas a una se lanzaron sobre las bolsas en el tapiz, y empezaron a sacar prendas como un mago saca pañuelos de su chistera. Parecía la noche de Reyes.

—Pantalón largo —decía una levantando la prenda al aire.

—¡Y corto! —decía otra.

Camiseta de manga larga, de manga corta, de tirantes, zapatillas de calle, de deporte, gorra, neceser, mogollón de calcetines.

—Chándal de competición —seguía la lista a voces.

—Chándal de entrenamientos.



—Falda de tubo —dijo de pronto Olympia.

—¿Quééééééé?! —le contestaron todas a la vez.

—Te han mandado la maleta para las azafatas de vuelo, Oly —se rio Ardilla, buceando dentro de la suya—. Yo no tengo nada de... —se calló de golpe, se incorporó y se quedó mirando a Olympia, con un zapato de tacón en cada mano.

Para entonces, también Laura sujetaba la falda de tubo y los zapatos, además de un pañuelo de seda, una chaquetita entallada, un sombrero y un bolsito de vestir.

—¡Es la ropa del desfile de inauguración de los Juegos!

Las interrumpieron unas palmadas:

—Venga, todo a las mochilas, ya os lo probaréis en el chalet luego —dijo Maya—. Va siendo hora de irse.

Mientras el presidente se despedía de Maya y del equipo técnico y les deseaba suerte, Olympia se inclinó hacia el resto de sus compañeras, juntaron cabeza con cabeza y, cuando se separaron, echaron a andar muy decididas, como un pelotón, hacia la enorme puerta que custodiaba la sala de entrenamiento.



Habían vivido mucho en el Moscardó. Cada una de ellas había estado a punto de darse de cabezazos contra esa puerta después de un mal entrenamiento, pero todas habían mantenido la confianza y habían seguido entrenando, y entrenando, y entrenando. Habían aguantado.



—Si ya no vamos a volver aquí —les había dicho Olympia a sus compañeras—, tenemos que dejar nuestra huella.

—¿Quieres que nos llevemos la puerta de madera? —preguntó Laura, que no se enteraba—. Pues vaya lío para subirla al autobús.

—¿Y dónde la meterías? —se rio Estrella.

Oly negó con la cabeza.

—Más bien estaba pensando... ¿y si todas firmamos en ella?

—¿Quién tiene un boli? —preguntó Carmen, ya delante de la puerta. Quería firmar la primera, por si le quitaban el

sitio en la parte más bajita. ¡No quería firmar a saltos!

—Un boli no, mejor con esto —dijo Ardilla, que sujetaba en la mano un trozo de pared, que iba a hacer de tiza.

—Está claro que nos cambian de pabellón porque este empieza a caerse a cachos —dijo Olympia, mientras pensaba que, en vez de la pared, ya podía haber caído el palo para quedárselo de recuerdo. ¿Podría hacer algo para rescatarlo de lo alto del techo? Mmm..., tendría que pensarlo.

Una tras otra, las ocho chicas que iban a viajar a Atlanta dejaron su nombre escrito en la gran puerta de madera. Fue como cerrar una etapa, pasar página: durante mucho tiempo aquel lugar había sido el escenario donde crear nuevas emociones, ilusiones, retos y sueños. Ahora uno de ellos, uno de los más grandes, estaba a punto de cumplirse: tres días más, y estarían todas volando rumbo a sus primeros Juegos.





«Lo mejor que tienen
los sueños es que se pueden
hacer realidad».

(Barón Pierre de Coubertin,
fundador de los Juegos Olímpicos modernos)





—¿Se puede saber dónde tenéis la cabeza? —les decía Maya a las chicas.

La zona de salidas del aeropuerto estaba muy animada a esas horas, y un montón de gente se volvió a mirarlas. La seleccionadora tenía los brazos en jarras y una cara de cabreo que echaba para atrás.

—¿No os lo dije bien claro hace una semana? Dos fotos de carné cada una. ¡Solo eso! ¿Es que no me puedo fiar de vosotras?

La circular del Comité Olímpico Internacional había llegado unos días atrás y, entre una buena pila de indicaciones, dejaba claro que tenían que entregar fotos para la acreditación de los deportistas nada más llegar a Atlanta. Fotos que, estaba claro, Oly y Laura no tenían...

—Lo sentimos, Maya —dijeron las dos a la vez, como si lo trajeran ensayado de casa.

—No volverá a pasar —murmuró Oly cabizbaja, mientras pensaba que era imposible que pasara otra vez, porque ir a unos Juegos Olímpicos era algo que algunos deportistas hacían, con suerte, una vez en la vida.

Maya negó con la cabeza y alzó los brazos en plan dramático. Se quedó mirando al techo del aeropuerto mientras cogía aire, mucho más aire del habitual, como si con el lío se hubiese olvidado de cómo se metía aire en los pulmones.

—Bueeeeno —dijo por fin—. Supongo que no sois una especie en extinción y que habrá mas despistados como vosotras que no llevan la foto. Lo arreglaremos al llegar. Por favor, ¡ni un contratiempo más! —sentenció, dedo en alto, antes de darse la vuelta y dejar a las dos chicas planchadas.

La mañana había dado un giro inesperado antes de que les diese tiempo ni a despertarse del todo, por culpa de las fotos. No esperaban arrancar de ese modo el viaje a Atlanta. Ni siquiera habían despegado, y ya les había caído la primera bronca.

Oly fue la primera en espabilar:

—Creo que todavía podemos solucionarlo —le dijo a Laura mientras la tiraba del brazo.

Habían llegado con tiempo de sobra al aeropuerto. Era sábado, y Simeón había obligado a las chicas a estar listas en la furgoneta como si fuese un día de colegio, con todo Madrid atascado. «Será que en Bulgaria se trabaja igual los sábados», pensaron las chicas tratando de buscar una explicación a por qué Simeón las había dejado en la terminal tres horas antes de que saliera el vuelo.



—Vamos a la comisaría del aeropuerto —decidió Olympia.

—Pero si no hemos hecho nada —protestó Laura, y luego cambió la cara—. ¡Ah, claro! Quieres que nos hagan un justificante, como los médicos.

—¡Que esto no es el colegio! Mi amigo David me contó que una vez olvidó su pasaporte y se lo hicieron en el momento para que no perdiese el vuelo.

—¿También has perdido el pasaporte? A mí se me ha olvidado la foto, pero lo tuyo es peor todavía, Oly —la regañó Laura, mientras la seguía a trompicones por los pasillos de la terminal.

—¿Para el pasaporte qué se necesita? —resopló ella.

—¿Tener que viajar?